CONFERENCIA:

“DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE NEUROSIS”

Referencia bibliográfica:

CHIOZZA, Gustavo (2022*d*) “De qué hablamos cuando hablamos de neurosis”.

Conferencia dictada en la Fundación Luis Chiozza el 18 de noviembre de 2022.

Bueno, de qué hablamos cuando hablamos de neurosis… el título aplica una fórmula, no es original, probablemente lo conozcan, es una fórmula de un título que creó Raymond Carver, *De qué hablamos cuando hablamos de amor,* un cuento y una colección de cuentos. Y se ve que es una fórmula muy efectiva, porque se ha usado muchísimo, con un montón de… basta cambiar la última palabra. Y resulta interesante porque sugiere que hablamos de cosas que a veces no sabemos bien qué son, no sabemos bien cómo definirlas, o también cosas que necesitamos tener más claras; se aplica mejor a algunas cosas que a otras. A mí me interesa particularmente la idea de que, cuando hablamos de algo, sin hacerlo del todo explícito, también estamos hablando de otras cosas, y sobre esto un poco me voy a referir.

El concepto de neurosis ha cambiado muchísimo desde que se creó, en el siglo XIX, hasta nuestros días, sobre todo con el psicoanálisis y, de alguna manera, todos estos cambios hacen que hoy nos refiramos a él de una manera un poco sobreentendida, un poco vaga; a veces se presta a malentendidos, no está bien claro cómo está delimitado el concepto y de eso quería hablar esta noche. Uno podría decir "¿qué es la neurosis?", directamente, pero, justamente, lo interesante es ver que nosotros podemos tratar con las cosas -cuando digo "cosas", lo digo en el sentido más amplio posible-, pero, cuando reflexionamos acerca de las cosas, cuando pensamos en las cosas, inevitablemente pensar es establecer nexos entre esas cosas y otras cosas. Estos nexos, de alguna manera, ya son teorías, son maneras de interpretar. Y estos nexos no existen de la misma manera que existen las cosas. Es decir, nosotros nos formamos un concepto, pero hay una diferencia entre el concepto y la cosa. Después, a su vez, los conceptos se pueden otra vez volver a combinar y armar teorías cada vez más amplias. Esto significa que, cuando hacemos conscientemente una teoría, como por ejemplo la teoría psicoanalítica, lo hacemos a partir de teorías previas que tenemos y que no siempre son del todo conscientes. A veces nos olvidamos esto y terminamos pensando que estamos describiendo las cosas como *son*, pero en realidad no estamos describiendo las cosas como son, sino un reflejo de las cosas, y también estamos describiendo nuestras teorías previas y nuestra manera de pensar previa a esas cosas. Es como si nosotros tuviéramos que armar un rompecabezas, pero un rompecabezas que no nos vino con la foto. Entonces tenemos las piezas, pero no sabemos dónde van. Entonces, si quisiéramos armar un rompecabezas así, forzosamente tenemos que empezar a imaginar una foto y empezar a suponer y decir estas cosas van juntas, estas están cerca de estas otras, estas otras, en cambio, tienen que estar más lejos, tienen que estar más arriba o tienen que estar más abajo. Y, si no nos formamos esas imágenes, hipotéticas, provisorias, no podríamos armar el rompecabezas. Obviamente, mucho de esto, en este ejemplo del rompecabezas, parece más consciente, pero muchas veces estas teorías influyen de manera inconsciente. Obviamente que también, a medida que vamos armando las cosas, las fotos que teníamos previamente en mente van cambiando y se van confirmando o se van modificando. Esto que digo parece un poco abstracto, pero ya vamos a ver cómo tiene que ver con lo que quiero tratar y particularmente con la neurosis.

Ustedes saben que el psicoanálisis justamente surgió como un intento de tratar a las neurosis. Y, para tratarlas, era necesario primero entender bien qué eran,

cómo se producían o qué las producía. Fíjense que acabo de mencionar un hecho histórico. El psicoanálisis nació como un intento de tratar a las neurosis y para esto tenía que comprenderlas. Sin embargo, en esto, que parece un hecho, ya hay un montón de teorías. Por ejemplo, que las neurosis necesitan ser tratadas, que las neurosis son susceptibles de ser tratadas, que las neurosis son enfermedades, y que hay algo que las produce. Si nos remontamos muchos años atrás, antes de la ciencia, cuando se pensaba que todo lo que ocurría era voluntad de Dios, todo esto no hubiera sido necesario, a nadie se le hubiera ocurrido hacerse todos estos planteos. El término se creó para reunir un conjunto de trastornos o de síntomas, vagos, principalmente anímicos, afectivos: miedo, angustia, inhibiciones. Y se los reunió a todos ellos bajo una misma teoría. Esta teoría, es la teoría que le da nombre: neurosis. “Neurosis” significa degeneración nerviosa, así como “artrosis” significa degeneración articular, “neurosis” significa degeneración nerviosa. Quiere decir que ya estaba la idea de que esto tenía que provenir de una degeneración nerviosa; estos trastornos, que eran psíquicos o que eran anímicos, deberían provenir de un trastorno corporal. A nosotros nos podrá parecer que esta es una teoría muy antigua, de hecho, lo es, pero fíjense que nosotros también para referirnos al estado de ansiedad hablamos de “estar nervioso”, quiere decir que también estas ideas, de alguna manera, siguen vigentes en nosotros. Hay una cita de Groddeck que yo la tomo mucho en mis trabajos sobre la histeria, me parece muy linda, que él explica que, en la ciencia, en la medicina, las cosas estaban ubicadas en dos órdenes -el psíquico y el somático- y que, cuando se empezaron a interesar por el sistema nervioso, el sistema nervioso fue como una especie de interregno, donde a las cosas no se sabía bien cómo clasificarlas. Y este fue el ámbito de trabajo de Freud. Para la época de Freud, dado que estas degeneraciones nerviosas, dicho sea de paso -algo de esto también hablé en la conferencia sobre el desarrollo emocional-, se las llamó “degeneraciones” porque estaban vinculadas al período cuaternario de la sífilis, que tiene trastornos nerviosos, y de ahí también la connotación de “degeneración” en el sentido que también tiene que ver con la sexualidad, pero no me voy a referir a eso. Para la época de Freud ya empezaba a dudarse de si era somática o era psíquica, y había toda una discusión. Si eran trastornos somáticos reales o si eran trastornos psíquicos simulados o imaginarios; si los pacientes *de veras* estaban enfermos o simulaban la enfermedad; si la simulaban a propósito o si la enfermedad no estaba, pero el paciente la sentía igual. Todo esto resultaba bastante confuso.

Hago un paréntesis, una cosa interesante es que, si estos trastornos eran anímicos, es decir psíquicos, ¿por qué no se la llamó “psicosis”? Porque “psicosis” es una degeneración de lo psíquico. Hace unos años entendí por fin… definir a lo psíquico siempre fue difícil, de hecho, Freud al final de su vida dice, la verdad, si me preguntan bien qué es lo psíquico, no sabría decir qué es. Y, sin embargo, él ya había dado muchos años antes una definición bastante buena, que es la que usamos. Y se me hizo claro que tenemos dos ideas para hablar de lo psíquico. Hablamos de lo psíquico, por ejemplo, cuando nos referimos a las representaciones. Es decir, yo puedo ver un objeto, cerrar los ojos y recordarlo, y ese objeto del recuerdo es psíquico, en cambio el objeto que percibo es físico. Y esta es una primera idea de lo psíquico, donde lo psíquico tiene que ver con las representaciones, tiene que ver con lo mental. Esta es la idea que lleva a que se piense que lo que es psíquico no existe de veras, no

existe como lo somático. La idea del trastorno simulado; la idea de que, por ejemplo, el psicoanálisis, que son solamente palabras, no puede curar, porque las cosas físicas no son susceptibles de llegar por algo que, en definitiva, no existe de veras. Pero hay otro sentido de lo psíquico, que es justamente el sentido. Y el sentido tiene que ver con lo que siento, es decir con los afectos. Y los afectos están mucho más vinculados al cuerpo. Entonces como estos trastornos eran anímicos, eran psíquicos, pero eran sobre todo afectivos -miedos, angustia-, de alguna manera, sin que hicieran toda esta disquisición, en seguida supusieron que esto tenía que ser del sistema nervioso. En cambio, un paciente psicótico, que alucina cosas que no existen, parece algo más de esta otra manera de entender lo psíquico, como las representaciones, como lo mental, como las percepciones. En fin, este paréntesis era para reflexionar acerca de cómo esta teoría de cómo entendemos lo psíquico, también influye en cómo consideramos los trastornos.

Bueno, les estaba diciendo que para la época de Freud ya estaba esta discusión de si eran psíquicos o somáticos, cuál era el origen de estos trastornos o la causa. Freud tuvo el buen tino de postergar esta cuestión y empezar a explorar estos trastornos como nadie los había explorado, es decir desde el lado psíquico. Siempre se buscó, de alguna manera, encontrar estas degeneraciones nerviosas, y Freud en cambio diseñó, a través de la hipnosis, primero, y, después, de la asociación libre, un método de exploración anímica que termina siendo el método psicoanalítico. A partir de esta exploración de estos pacientes neuróticos con este método, él encontró que, en ciertos trastornos o ciertas veces o *algunos* de estos trastornos, inequívocamente estaban ligados a representaciones. Inequívocamente estaban ligados a recuerdos, a recuerdos del pasado, vivencias traumáticas -de esto también hablé en la conferencia del 2018-. Y entonces a este grupo lo llamó "*psico*neurosis", que eran neurosis que tenían este componente psíquico. Había otros trastornos en los que Freud no encontraba esto, para él faltaba, y que él supuso que se debían a una acumulación tóxica de excitación sexual. Suponía algo que todavía no se había descubierto, como una química hormonal, como una química de la sexualidad, y entonces él suponía que ciertas prácticas, como el coitus interruptus o la masturbación o la abstinencia sexual, generaban una acumulación de esta excitación sexual y esta excitación sexual generaba estos síntomas. Lo interesante es que a estas -que no eran *psico*neurosis- las llamó "neurosis actuales", como si lo psíquico tuviera que ver con el pasado y el cuerpo tuviera que ver con lo actual. Después, más adelante, pensó que ciertas perturbaciones del cuerpo podían tener un origen psicógeno. Creo que fue Fenichel el que a esto le dio nombre de "*organo*neurosis". Si bien Freud nunca abandonó la idea de las neurosis actuales, obviamente se interesó más por las psiconeurosis, que eran las que eran más susceptibles de ser comprendidas a través de esta exploración anímica y, de a poco, las psiconeurosis pasaron a ser las neurosis. Ya se abrevió el término y esto era "la neurosis" y, si uno quería mencionar las neurosis actuales, tenía que aclararlo. Pero ya "neurosis" empezó a cambiar otra vez. Como también les contaba en la conferencia del '18, más adelante, Freud descubrió que estas neurosis que estaban anudadas a estos recuerdos de vivencias traumáticas, encontró que estas vivencias eran traumáticas porque también había otro factor, que era el carácter. La vivencia traumática era sólo un término de la ecuación. Y, de a poco, el psicoanálisis -y esto mucho más después

de Freud- se fue interesando cada vez más por el carácter. Y, a medida que fuimos interesándonos en el carácter, otra vez el concepto de neurosis nos acompañó y empezamos a hablar de carácter neurótico. Entonces hablábamos de aspectos neuróticos del carácter. Entonces, fíjense que de los síntomas o de la enfermedad -neurosis, "tengo un síntoma neurótico"-, ahora con el carácter es "*ser* neurótico", una expresión mucho más común que utilizamos nosotros, no es "tengo una neurosis", sino "soy neurótico". Y la neurosis pasó a designar una manera de ser, una manera de sentir, una manera de comportarse. Y enfermedad y carácter empezaron a borrar un poco sus fronteras. Y la verdad que es algo que… son conceptos que a veces los mezclamos un poco y entonces hablamos de enfermedad cardíaca, de carácter cardíaco, y a veces es un poco… cuando nos referimos al conflicto cardíaco, no necesariamente especificamos si nos estamos refiriendo al conflicto que tiene el enfermo o al conflicto que tiene el sujeto en el carácter, que puede o no después llevarlo a la enfermedad. Bueno, esto es lógico, obviamente en la medida en que una ciencia, una teoría, una disciplina se va desarrollando, las cosas van mutando. Menciono muy al pasar que, por ejemplo, cuadros psiquiátricos, psicopatológicos, como la manía, la paranoia o la melancolía, que eran enfermedades distintas a la neurosis, empezaron a tener en el psicoanálisis -esto *posterior* a Freud- el valor de mecanismos, mecanismos de defensa, modos de manejarse con la realidad o con las representaciones. Entonces un neurótico podía ser también melancólico o maníaco. Inclusive el carácter podía ser un carácter neurótico en el sentido melancólico o en el sentido paranoico. Inclusive también una persona puede cambiar y tener momentos más paranoicos o más melancólicos o más maníacos. Inclusive entendimos que estos mecanismos de defensa se contienen los unos a los otros. Bueno, no me quiero detener en eso, porque no es el centro de lo que quería hablarles hoy.

Pero fíjense que, un poco como sucede en la arqueología, que tanto le gustaba a Freud, si uno empieza a escarbar en una ciudad que tenga suficiente historia, empieza a encontrar enterradas otras ciudades. Por ejemplo, en la ciudad de Florencia tuvieron que arreglar una fuente y cuando empezaron a romper, encontraron que había toda una parte de una ciudad enterrada. O, lo mismo en Troya, encontraron *diez* ciudades; buscando *la* Troya, encontraron diez. Entonces, fíjense cómo este trastorno, que empieza suponiéndose como una degeneración nerviosa, como algo somático, una vez que el psicoanálisis se empieza a ocupar de él, *sólo* por el hecho de que se ocupa el psicoanálisis de él, pasa a ser el epítome de lo psíquico. Es decir, decir "neurosis" no es hablar de enfermedad somática, es casi hablar de lo opuesto, ¿se entiende cómo pasa de una cosa a la otra? Y, de designar una serie de síntomas o una enfermedad, de a poco pasa a designar también una manera de ser; una manera de ser que inclusive se puede describir con otros cuadros psicopatológicos, como manía, paranoia. Ven que, de alguna manera, sí necesitamos tener un poco una definición. Rasgos de carácter neuróticos, pero ¿cuáles? Sobre esto necesitamos entender mejor. La neurosis es aquello de lo que nos ocupamos los psicoanalistas, en sentido *demasiado* amplio.

Ahora, de las primeras teorías de Freud, ¿que quedó en nuestro concepto de neurosis? ¿cuáles son las cosas que más quedaron, que, si uno dice "neurosis", enseguida asocia con eso? Bueno, yo estuve pensando básicamente tres:

sexualidad, infancia y complejo de Edipo. Pero, otra vez, estas cosas también se han ido modificando con el tiempo y se han ido empezando a desdibujar sus límites. La sexualidad, por ejemplo, empieza como un término que designa la actividad genital, que se va desarrollando en la pubertad, particularmente la reproducción. Bueno, Freud muy rápidamente encontró todo el inmenso mundo de la sexualidad infantil, toda la sexualidad *pregenital*, no solamente de los genitales inmaduros, sino también la etapa oral, la etapa anal. Y entonces la sexualidad empezó a ser algo muchísimo más amplio y empezó a contaminar un montón de ámbitos que no necesariamente eran a lo que uno se refería cuando hablaba de sexualidad. Y para el final de la obra de Freud, en sus últimos escritos, empezó a entender que la sexualidad era Eros, era la energía vital, era lo que animaba la vida, era lo que estaba unido al deseo, al placer. Entonces, decir que la neurosis tiene que ver con la sexualidad, es decir muy poco. Con la infancia, bueno, acá otra vez pasa lo mismo, evidentemente no es lo mismo un chico de ocho, nueve años, que un chico de cinco años, que un chico de dos años, son cosas completamente distintas. Un bebé de seis meses, ¿es infancia? Para colmo, también tenemos que los chicos son neuróticos. Entonces, esto de decir que esto tiene que ver con la infancia tampoco nos aclara demasiado. Y, por último, el complejo de Edipo. Bueno, el complejo de Edipo es una idea trascendental, es algo que Freud descubrió, algo que lo entusiasmó muchísimo, es una teoría que la usó para entender prácticamente toda la génesis de la cultura humana, *Tótem y tabú,* ¿no? Y él le daba tanta importancia que decía que esto era el complejo nodular de las neurosis; el complejo nodular de las neurosis y, al mismo tiempo, la base de toda la cultura. ¿Significa que toda la cultura es neurótica? ¿Significa que no hay nada más que la neurosis? Ven que entonces ya no es que la neurosis es un cuadro junto a otro, porque, si la neurosis forma parte… tiene la misma esencia en el complejo de Edipo. No sé si lo dije claro, me parece que me hice un nudo, pero… sí, se entendió, bueno. Pero fíjense que también otros autores empezaron -ahora después voy a volver sobre esta cuestión del complejo de Edipo, pero ahora para ir rápido en esta parte-, otros autores estudiaron etapas *anteriores* al complejo de Edipo: Klein, Chiozza, todas las fases pre-edípicas. ¿Las fases pre-edípicas entonces no pertenecen a la neurosis? ¡Qué pregunta! Por ejemplo, sería muy bueno que la realidad armonizara con nuestras clasificaciones y decir, lo que es etapa fálica y complejo de Edipo, es neurosis, lo que es lactancia, es psicosis, lo que es psiquismo fetal, es enfermedad somática. Pero, la verdad es que las cosas así no cierran, no nos convencen. Un sujeto envidioso, un sujeto celoso, ¿no es también una manera de ser neurótico? Inclusive un sujeto que tiene un carácter cardíaco, ¿no es una manera de ser neurótico? La neurosis obsesiva, no es etapa fálica, es etapa anal; está *antes* de lo que Freud decía que era el complejo de Edipo, en la etapa fálica.

Bueno, a mí, como les comentaba en la conferencia del 2018, una de las ideas que me parece más útil es pensar la neurosis como una falta de maduración emocional, como una detención en el desarrollo emocional del individuo. Obviamente esto es decir poco, también, y tenemos que hacer algunas precisiones más, pero esta idea ya es una idea bastante más laxa, nos permite comprender que los chicos también pueden estar detenidos en el desarrollo que deberían tener.

Pero volvamos un poco a Freud y a la teoría de Freud. Ahora, ya después ya vamos a volver sobre esta cuestión. Con su método de exploración anímica, Freud se topó con un hallazgo que le resultó sumamente sorprendente y sobre el cual edificó toda la teoría. Dicho así, sorprende, si les preguntara cuál es, no tienen la menor idea, yo, si me lo dijeran así, tampoco, pero lo estuve pensando mucho. Es que Freud descubrió una propiedad de la vida anímica muy rara, que es que en el alma nada se pierde, nada se borra, nada se desgasta. Todo lo que vivimos permanece vivo y activo, intacto. Esta fue la primera cuestión que le llamó muchísimo la atención. Aunque no podamos recordarlo, el pasado sigue vivo adentro nuestro. Y, por ejemplo, los deseos del adulto, para Freud -y para mí también y para ustedes seguramente también-, no son otra cosa que el retoño de los deseos infantiles. Por ejemplo, un sujeto que se dedica a la cirugía, en el fondo, está sublimando sus pulsiones sádicas, su deseo de conocer, de desarmar, de provocar dolor, inclusive. O, por ejemplo, otra frase fantástica de Freud dice que, como los deseos del adulto no son otra cosa que los deseos del niño -como retoños o como disfraces- y, como el dinero en la vida del niño no tiene ninguna significatividad, Freud dice, el dinero no puede hacer la felicidad, porque la felicidad proviene de satisfacer estos viejos deseos. Dos ejemplos muy buenos. O sea que, al revés de lo que sucede en la arqueología, donde las ciudades enterradas están parcialmente destruidas, desgastadas, muertas, acá sería al revés. Es como si las ciudades de abajo fueran las que alimentaran, como un volcán, a las ciudades de la superficie. Y la otra idea, *muy vinculada* a esta, o juntas, o parte de la misma idea, es que, en función de esta cuestión, el alma tenía una propensión, una tendencia a la *involución*, cosa que él llamó “regresión”. Es decir, las cosas más recientemente adquiridas se perdían con facilidad, a veces momentáneamente y a veces definitivamente. Y esto no sucedía con las cosas más primitivas, que eran la verdadera esencia del individuo. En esto Freud era bastante pesimista, decía que toda eticidad moral del hombre no es nada más que una capita de barniz que se pierde fácil. Y hay muchos argumentos que le dan la razón. El “hombre masa”, por ejemplo, el sujeto que en su vida normal se comporta de manera educada y va a la cancha y es un energúmeno. O, por ejemplo, las cosas que vemos en la guerra. Para Freud es como si la esencia primitiva fuera lo que más prima. Justamente por esta cuestión de que en realidad los deseos del adulto son los deseos del niño, de que en realidad el sujeto adulto tiene vivo todo ese pasado, es que Freud se interesó tanto por la infancia. No como una deducción, sino que el analizar a sus pacientes lo fue llevando a esta cuestión; una cuestión que a veces se parodia un poco del psicoanalista que dice “cuénteme de su infancia, hábleme de su infancia”. Pero este es el sentido que tiene, que, en la infancia -según consideraba Freud -y nosotros compartimos- es como si estuviera lo esencial y algo que todavía sigue vivo. Y este interés por la infancia lo llevó a estudiar la sexualidad infantil con todas sus etapas, y lo que más lo fascinó a Freud fue esta cuestión de la etapa fálica y del complejo de Edipo. Como les decía, esto anima a toda la cultura humana, y el deseo, que habita en nosotros, de sustituir al padre en el amor de la madre. Y esto es una cuestión que, si uno la observa de esta manera, la encuentra en absolutamente todo. Por eso a Freud le parecía algo que era absolutamente fundamental. Entonces, comprender psicoanalíticamente a un paciente, se podría decir -simplificando, pero sin ser inexactos- que es tratar de comprender, de conocer, de descubrir, el niño de tres a cinco años que

todavía está vivo adentro de nuestro paciente. Este niño que lo que *más* quiere es sustituir a su padre en el lugar del amor de la madre; quedarse con la madre sólo para él, quitándose al padre. O, también se podría decir, *ser* el padre para entonces poder tener a la madre. La envidia, los celos, la rivalidad están interpretadas en esta escena del complejo de Edipo. El triunfo, la derrota, el triunfo fálico, la castración.

Pero, como les decía, otros autores empezaron a poner mucho más énfasis… Freud había descripto las etapas anteriores y otros autores se empezaron a interesar. Klein, por ejemplo, estudió mucho la etapa oral, el período de lactancia, y amplió todos estos desarrollos de Freud al estudiar este psiquismo temprano de la fase oral y cómo es el vínculo del bebé con la madre a través del pecho. Esto fue un aporte sumamente fundamental a la teoría psicoanalítica. Y también Chiozza fue todavía un poco más atrás y estudió el psiquismo fetal y el vínculo con la madre a través de la placenta y del cordón umbilical. No me voy a detener en estos desarrollos que ustedes más o menos conocen, y si no, será motivo de otra vez. De modo que, entre lo que había planteado Freud de la etapa fálica, el complejo de Edipo, con las profundizaciones de Klein y con toda la cuestión del psiquismo fetal, es como si ya tuviéramos prácticamente cubierta toda la infancia, todo el pasado del individuo. A mí hay una cuestión que me resultó muy sorprendente, y es una cuestión que no me la olvidé y quedó ahí y fui reflexionando en otras oportunidades. Cuando empecé a estudiar esta cuestión, me acuerdo cuando empecé a estudiar Klein -a otros también les pasó lo mismo-, que es que yo decía, los pacientes que antes yo me los imaginaba como -o estaba tratando de descubrir- un chico de tres a cinco años en pleno complejo de Edipo, yo empezaba a estudiar Klein y ahora me parecía que era mucho mejor verlos como un bebé que se relacionaba con el pecho en la transferencia; yo era el pecho que debía dar la gratificación. Y, de alguna manera, es como si estos pacientes ahora yo los entendía, me parecía entenderlos mejor de esta manera. El seminario siguiente me tocaba los trastornos hepáticos, y entonces ahora me pasaba lo mismo, yo decía, pero esta idea del tormento hepático, materializar los ideales, es una idea… ahora todos mis pacientes, ¿qué, van para atrás mis pacientes? Me parecía que los entendía mejor de esta manera. Inclusive recuerdo que por aquellos años se discutía mucho si esta cuestión de los trastornos hepáticos y si esta cuestión de materializar los ideales es una cuestión que tiene tanta vigencia, ¿cómo es que no hay más enfermedades hepáticas? Pese a que hay muchas. Y por ahí describíamos un paciente -un paciente cardíaco, un paciente renal- y decíamos, pero ¿y éste no tiene que materializar los ideales? Sí. ¿Y entonces por qué no es hepático y es renal? Inclusive, en la investigación de la esclerosis en placas, el conflicto que se describía para la esclerosis en placas era tan parecido al de lo hepático, que hubo que hacer como una especie de disquisición de decir, este conflicto es parecido, pero no es el mismo, porque si fuera este, tendría que ser hepático. Bueno, a mí toda esta cuestión me hizo pensar, y me pareció que, en realidad, cada una de estas teorías era en sí misma como una cosmovisión. Eran distintos paradigmas, distintos ejemplos para hablar de las mismas cosas con distintas representaciones. Este trabajo lo presenté en el ‘98, sobre la metapsicología de Chiozza, que todos lo conocen y lo citan; esta idea de que no se trata tanto de identificar adónde regresa el paciente en su punto de fijación y si el punto fijación es este, entonces tiene esto… sino que es nuestra manera de comprender la

que, de alguna manera, le da estas representaciones. Es como si uno dijera, las piezas del rompecabezas son las mismas, pero la foto que cada autor utiliza para ponerlas juntas es un poco distinta. Entonces los mismos afectos se pueden comprender desde distintas representaciones. A veces no es que sean solamente versiones sustituibles, a veces una versión es mejor que otra. Por ejemplo, Freud, si hubiera tenido que hablar de la envidia, no habló, pero si hubiera tenido que hablar de la envidia, hubiera dicho, y, la envidia es la envidia del niño por el padre que tiene a la madre, ¿qué más claro que eso? Pero resulta que Klein empieza a describir la envidia en función del vínculo con el pecho, y entonces la envidia era una cosa oral. Pero también, como la envidia tiene esta cosa venenosa y ácida, ella decía un ataque con los dientes y con las orinas y heces ácidas… algo medio raro. Y lo que plantea Chiozza en los trastornos hepáticos, al comprender la función biliar, es una representación para la envidia muchísimo más clara, muchísimo más convincente. Entonces, no es que cualquiera de estos paradigmas es igual. Pero lo que quiero decir es que todos pretenden comprender el todo. Y este todo, otra vez termina siendo la neurosis, pero ahora voy a llegar a eso.

Obviamente que cada nuevo paradigma, más allá de si en algún punto supera a los anteriores, independientemente de si los supera o no los supera, tiene un efecto renovador. Y, al ser una representación nueva, uno empieza a entender las cosas de otra manera. Y por eso siempre el último es el que nos parece el mejor, porque es el que más nos entusiasma, porque es como si nos refrescara toda nuestra manera de entender, que es este efecto que yo sentía cuando empezaba a estudiar a Klein. Si hoy tuviera que decir, creo que valoro más el paradigma de Freud que el de Klein, pero en su momento el de Klein me entusiasmó muchísimo. Entonces hay cosas que, por ejemplo, un modelo explica mejor que otro y, sobre todo, a veces hay cosas que en un modelo están entendidas mal o de manera superficial. Y viene otro modelo y las entiende mejor. Por ejemplo, el falso privilegio del padre en el complejo de Edipo, este malentendido. Freud consideraba que en el mandato paterno había una contradicción, porque el padre le decía al hijo: “vos tenés que ser como yo” y después le decía: “pero mamá es sólo para mí”. Y que el hijo veía en esto una contradicción. Y Chiozza dice, no, esto es un malentendido, en realidad el padre no está con su propia madre, el padre está con su esposa, entonces le podría decir al hijo: “vos tenés que ser como yo y buscarte tu propia esposa y dejar a tu mamá con tu papá, como yo dejé a la mía con el mío”. No había una contradicción. Obviamente que parece una… siempre que uno habla de malentendidos parece estar diciendo una tontería, porque es algo tan obvio. Es como si yo dijera, ¿pero vos me estás diciendo que Freud no se dio cuenta de que el padre no estaba con su propia madre? No. La idea es que una cosa se dice mal, porque, en el fondo… para nosotros el concepto de malentendido es así: se malentiende a los fines de defender una fantasía optativa. En este caso particular, el niño dice: “acá hay un malentendido, hay una contradicción”, porque, de esta manera, primero, justifica la injusticia, y segundo, mantiene viva la posibilidad de que alguien esté con la madre; si el padre está con la madre, yo puedo estar con la madre. Al confundir y decir: “no está con la esposa, está con la madre”, bueno, por lo menos alguien lo hace, si alguien lo hace, todavía sigue siendo posible. En cambio, si *nadie* lo hace, esta idea me gusta menos. Entonces, si el padre le dijera: “yo no estoy con mi mamá, yo estoy con mi

esposa”, el chico diría: “esta parte no la escucho”. Eso es un malentendido. Algo que tiene una fantasía optativa. Parece tonto, parece obvio, pero en el fondo es fundamental. Aclaro esto porque ahora vamos a hablar también de algunos otros malentendidos.

Bueno, esta idea de haber entendido esto, que, cuando uno lo estudiaba, era como si uno fuera estudiando el pasado real del sujeto -del paciente en concreto o del alma humana-, desde sus inicios hasta la edad adulta, y que para mí se transformaron en modelos, en cosmovisiones, también, a medida que fui pensando en estas cosas y a medida que iba desarrollando otros trabajos, se me fue haciendo consciente que yo también tenía una manera, una foto, con la que yo estudiaba el psicoanálisis, y el lugar donde ponía las piezas. Y que esta foto tenía sus particularidades y, de alguna manera, no era exactamente ninguna de estas. Y de a poco fui pudiendo redondear esta idea, y esta idea me trajo mucho enriquecimiento en mi manera de trabajar, en las supervisiones, en los estudios patobiográficos. Un poco por este efecto renovador, a veces también necesitamos decirle al paciente las cosas de otra manera o con otras representaciones. Y un poco de esto es de lo que les quiero hablar, de cómo yo me represento de qué hablamos cuando hablamos de neurosis, o de qué hablo cuando hablo de neurosis. Aclaro, otra vez, son las mismas piezas, pero ordenadas un poco distintas. A lo mejor un párrafo que a nadie le parece importante, a mí me parece fundamental, un párrafo de Freud, por ejemplo; a lo mejor otro párrafo de Freud que a todos le parece un acierto, a mí me parece un malentendido, me parece que es mucho más interesante verlo como un malentendido, porque encubre otras cosas -lo mismo que esta cuestión de cuando Freud decía que el mandato paterno era contradictorio, el poder haber visto atrás de eso otra cosa-. Pero básicamente son las mismas piezas.

El comienzo de este modelo que les voy a presentar es lo mismo que dice Freud, el comienzo de la vida anímica, porque para entender la neurosis como detención, como falta de maduración, tenemos que entender primero la vida anímica y su maduración. Este comienzo es el mismo que plantea Freud para la vida anímica, pero resulta que Freud nos ofrece dos ideas de comienzo, no una. Una está más desarrollada en artículos teóricos, más abstractos, son representaciones más lejanas o más complejas, la otra son artículos más clínicos, representaciones más llanas, más cerquita de nuestra práctica clínica. En general, para la mayoría, son dos maneras de decir lo mismo, y entonces no hay ningún tipo de… es decir lo mismo con dos representaciones. Pero para mí tiene mucha importancia marcar las diferencias y para mí una es primero y otra no, otra es después. Lo que nos ofrece Freud en la clínica, y es la versión que más predomina entre los psicoanalistas, es la idea de que, para representarnos el comienzo de la vida anímica, nos imaginamos un bebé recién nacido. Esto no quiere decir que Freud no considerara la existencia del psiquismo fetal, no se pronunció al respecto, pero para él esto es como un hipotético instante. En el hipotético instante primitivo, donde comienza la vida anímica, él sugiere que nos podemos representar un bebé recién nacido. ¿Y cómo es un bebé recién nacido? Bueno, un bebé recién nacido es alguien que, como tiene poco contacto con la realidad, porque sus deseos le son satisfechos por los sujetos que lo cuidan, este bebé recién nacido es un sujeto narcisista y omnipotente, con poco contacto con la realidad y con la idea de que todo le es satisfecho. Entonces hay un

estadio inicial, caracterizado por esta omnipotencia narcisista, que se suele considerar como un estadio… se dice “de placer puro”, o “de puro placer”, cualquiera de las dos cosas, en el sentido de que es un estado que dura poco, pero es este estado narcisista, donde todo es como quiere el bebé, gracias a que, de alguna manera, no tiene que alimentarse por sí mismo, sino que es cuidado y alimentado. De a poco, como la omnipotencia es una fantasía difícil de mantener, las cosas no son todas como él quiere y, por mejor que lo cuiden los objetos -con “objetos” me refiero a los padres, a la madre, digo “objeto” por “objeto auxiliador”, pero no es un objeto, es un sujeto-, los encargados del cuidado no pueden evitar que haya en algún momento frustración. Entonces esta idea de esta omnipotencia primitiva se va perdiendo. Por ejemplo, el bebé tiene que aprender a aceptar que el pecho que lo alimenta no es suyo, que él no lo domina, y este es un momento donde tiene que hacer este aprendizaje. Y, de a poco, va descubriendo que, en realidad, todas las cosas que él necesita se las provee este objeto, entonces es como si la omnipotencia pasara de ser propia a ser el objeto el que tiene todo el poder. Una vez representé esto a partir de un chiste que me contó mi hijo, que me pareció muy bueno, y entonces lo utilicé para representar estas dos situaciones. El chiste era que vos le das de comer a un perro, y el perro reflexiona y dice: “este tipo me da comer, *debe* ser Dios”. En cambio, vos le das de comer a un gato y el gato reflexiona y dice: “este tipo me da de comer, *debo* ser Dios”. Bueno, en este primer estadio de omnipotencia narcisista, el chico se pensaría a sí mismo como un gato -su majestad el bebé- y después pasaría a ser un perro, y a depender del objeto. Vamos a volver sobre esta cuestión.

La otra idea, la que aparece en la teoría, nos invita a imaginarnos el comienzo de la vida anímica, pero como si fuera el comienzo de la vida toda, como si nos imagináramos la primera célula viva de la Tierra. Y entonces Freud describe este yo, de esta célula, de esta ameba, como un yo que, a duras penas, tiene que lidiar con este mundo donde las cantidades son enormes, un mundo que lo asedia con estímulos, y este yo se siente débil. Y este yo que se siente débil, tiene que tratar de poder gestionar los estímulos, que son amenazas, porque si no, muere, perece, si no lo logra, se muere. Este yo en debilidad está en un estado de displacer y lo que quiere es transformar ese displacer en satisfacción. Por ejemplo, la célula necesita alimentarse, entonces tiene hambre y se siente mal porque tiene hambre y entonces tiene que ver cómo hace para… imaginémonos por ejemplo un pez, un pececito, un renacuajo, sale del huevo y ya tiene que nadar, oxigenarse, buscarse el alimento, evitar que se lo coman. Si lo logra, de a poco va creciendo, se va haciendo fuerte y se va convirtiendo en un pez. Si no lo logra, se muere; si no consigue alimento y no aguanta más, se muere o si no consigue evitar que se lo coman, se muere. En esta idea -por eso digo que son distintas-, fíjense cómo el estado inicial no es este estado de puro placer, este estado es de pura debilidad, de puro displacer. Esto, de alguna manera, armoniza también con otra idea de Freud, que dice que para que haya placer tiene que haber displacer primero, porque Freud concebía al placer como una descarga, entonces, para que algo se descargue, primero se tiene que cargar. Entonces, primero tiene que ser el displacer, esto lo decía Freud en la teoría, decía “el principio de displacer-placer”. Pero entonces esto no armoniza con esta idea de que lo primero es la omnipotencia narcisista y el puro placer. No habría este puro placer. Desde este punto de vista, esta ameba… la vida

anímica, ¿en qué consiste? En una dificultad a resolver, en un estímulo a tramitar, en resolver el displacer y poder transformarlo en placer o, mejor dicho, aguantarlo mientras encontramos la manera de resolverlo. Obviamente que este modelo de esta ameba… nosotros no atendemos amebas, no atendemos pececitos, no atendemos renacuajos, atendemos sujetos, y la cuestión es mucho más compleja, porque nosotros somos mamíferos, de hecho, somos uno de los mamíferos que más inacabados nacen y que tienen un período de dependencia más largo. Evidentemente, cuando nacemos no hay manera de que podamos conseguir nuestro propio alimento, necesitamos ser protegidos y alimentados. Entonces, según se mire, si nosotros nos comparamos ahora con ese renacuajo, según se mire, uno podría decir, estamos mucho peor que el renacuajo, que es mucho más capaz que nosotros. O también podemos decir, no, estamos mucho mejor, porque, sin tener que hacer ningún esfuerzo, tenemos lo mismo que él, "anda a laburar, gil". Nosotros tenemos sirvientes y nos sentimos reyes. Entonces ¿cuál de estas dos opciones elegimos? ¿Elegimos decir, somos peor que un renacuajo, somos incapaces de nada, o somos reyes que tenemos todos los súbditos que nos satisfacen todos nuestros deseos? Bueno, esta segunda idea, para mí, es una fantasía optativa, es una defensa. Para no sentirnos débiles, nos sentimos reyes. Este estado de omnipotencia narcisista, de puro placer no es algo que es el origen de la cuestión, sino que es algo que es *una defensa* frente al origen de la cuestión.

Hace relativamente poco encontré una idea de Freud, un párrafo de Freud, donde él habla de esta misma cuestión. No se trata de un artículo ignoto que apareció recientemente, es algo que todos lo leímos y todos lo estudiamos. El punto es que no está suficientemente enfatizado, está dicho ahí, al pasar. Parte de esta idea está en una nota al pie y probablemente uno la lee y la entiende, pero no alcanza a contextualizar la importancia que tiene en general, de hecho, Freud no la dice más veces. La idea es la siguiente: Freud dice que, al comienzo, el primer estadio del yo es un "yo realidad" y que el yo tiene la capacidad de registrar sus sensaciones y, en función de estas sensaciones, de tener una idea de la realidad y de saber qué es suyo y qué no es suyo -esto lo dice Freud-. Es decir, no es que el bebé tiene que aprender que el pezón no es suyo, el bebé tiene que *dejar de negar* que el pezón no es suyo, entonces la diferencia a mí me parece que es importante. Y Freud se pregunta -ésta es la parte que está en la nota al pie-, dice: "¿por qué este "yo realidad inicial" no se mantiene y se desarrolla hasta llegar al yo del adulto?". ¿Y la respuesta cuál es? Por la asistencia ajena. Como el sujeto es asistido y no tiene que laburar, entonces el sujeto niega esta debilidad, se apodera de este objeto que lo asiste y se fabrica esta ilusión de omnipotencia. Pero esto es una ilusión que, en el fondo, nos muestra que, si tiene que hacer esa ilusión, es porque se siente débil, es por lo mal que se siente. Y fíjense que esta idea de "yo de puro placer" constituye una lectura descuidada de lo que dice Freud, porque Freud no habla de "yo de placer puro" o "de puro placer", habla de "yo de placer *purificado*". Fíjense la diferencia de matices: si yo digo que una cosa es pura, es que la pureza es el estado inicial, todavía no ha sido contaminado. Pero, si yo digo que una cosa ha sido purificada, la purificación es un estado segundo, no es el estado inicial, el estado inicial era impuro, y esto es lo que dice Freud. El sujeto, ahora que lo cuidan, dice: "ya no tengo por qué sentirme débil todo lo malo es del objeto, y todo lo bueno es mío y yo soy grandioso". Y esto es *purificar* al yo de displacer hasta que quede esta

idea -ilusoria- de puro placer. Entonces, fíjense cómo -lo mismo que trataba de explicar en el malentendido del falso privilegio del padre en el complejo de Edipo-, cómo hay una lectura que es biasada, donde decía “purificado”, entendimos “puro”, y entendimos “puro” porque compartimos esta necesidad de negar la debilidad y transformarla en omnipotencia. Y nos gusta la idea de que alguna vez fuimos omnipotentes, y que lo perdimos, y que nos lo deben y que tenemos que volver. Y fíjense toda esta idealización de lo fetal, del bebé, ¿no? El discurso que hace Héctor Alterio, creo que en la película “El hijo de la novia”, que dice: “la vida tendría que ser al revés, empezamos viejos y terminamos siendo bebés, estando con nuestra mamá”. Entonces nos parece que ese momento de la vida dónde nos asistían era el mejor momento de todos. Bueno, esto es parte de la neurosis, ya voy a llegar a esto. Pero ¿qué duda cabe de que el bebé se tiene que sentir muy débil y muy mal? Imagínense un bebé que está mirando una cosa que le gusta, está a upa de la mamá, la mamá se da vuelta, ya no puede mirar más. Está en un estado donde no controla *nada*. Y cuando no controlamos nada, la angustia es muy grande y necesitamos defendernos.

Entonces, la omnipotencia narcisista es una defensa. Yo prefiero entender que el principio de la vida anímica, de acuerdo con Freud, es la debilidad. La debilidad es el principio explicativo. Al principio el yo es débil. Si éste es el principio de la vida anímica -la debilidad-, pregunto, ¿cuál sería la finalidad de la vida anímica? ¿Para qué es la vida anímica? Para resolver esta debilidad. Si esta debilidad es displacentera, resolver esta debilidad es transformar ese displacer en placer. ¿Y resolver la debilidad equivale a qué? A la fortaleza, a la potencia. Entonces, lo que todos queremos todo el tiempo es ser más fuertes, es ser potentes. Primero, ser capaces de aguantar el displacer y, mejor aún, ser capaces de resolverlo. Pero ya, cuando lo podemos aguantar, ya nos sentimos mejor. Y podemos pensar que no puede haber una satisfacción mayor que esta, porque esta es la finalidad de la vida anímica.

Entonces veamos ahora cuáles son las consecuencias que tiene la asistencia ajena sobre esto, parte de esto que decía Freud, ¿no? esta cuestión que genera esta ilusión de omnipotencia. Pero si entendemos que el cachorro humano tiene un período *muy* largo de dependencia infantil, y que en el momento de nacer… hay cosas que puede hacer por sí mismo, obviamente, puede respirar, puede cerrar los párpados si le molesta la luz, puede moverse un poco, puede gritar, puede llorar, puede descargar a través de un berreo, pero no hay manera de que consiga alimentarse y, por lo tanto, no hay manera de que consiga sobrevivir. O sea, para sobrevivir, depende. Debilidad extrema. Yo supongo que rápidamente el chico aprende que no vale la pena intentar lidiar con la realidad, porque la realidad lo supera completamente. Entonces el chico dirige toda su atención, se enfoca en el objeto que le provee la satisfacción. Eso es lo que él necesita. No la realidad, no el alimento en la realidad. Él necesita tener control, tener dominio, poder influir sobre este objeto, necesita saber dónde está, cómo es, de dónde viene, si está de buen humor, si está de mal humor, cómo concitar su atención. Entonces, el chico tiene una manera de conseguir las cosas que es distinta a lo que sucedía con el renacuajo, con la ameba, o lo que sucede en ciertos contextos con el sujeto adulto. El sujeto, para lograr lo que quiere, en lugar de dirigirse a la realidad, donde está lo que quiere, él se dirige a un objeto que le traiga lo que él quiere, ¿se entiende? Si un chico quiere una bicicleta, no tiene

manera de comprarse una bicicleta -un chico chiquito-, pero si se porta bien, si se cepilla los dientes todos los días y ordena la pieza, para Reyes le van a regalar una bicicleta. Entonces sus acciones no son acciones en el mundo, son acciones que tienen valor en los objetos; a la mamá le importa que él ordene la pieza o que se cepille los dientes. Entonces él hace lo que quiere la mamá y después ella hace lo que quiere él.

Alguna vez representé también esta cuestión, no con el perro y el gato, sino con el perro y el lobo. A partir de una discusión interesante que se decía ¿qué animal es más inteligente? Y una persona muy lúcidamente decía, en realidad cada uno tiene la inteligencia que necesita. El lobo necesita la inteligencia para lidiar en su mundo y el perro necesita la inteligencia para lidiar… ¿en su mundo? No, en el mundo del hombre. Y el mundo del hombre es imposible de manejar para un perro. Un perro no puede hacer girar una llave, llamar un ascensor, agarrar una correa, ponerse el bozal, no puede abrir el paquete donde está su comida envasada al vacío, que ni siquiera tiene olor… Entonces el perro necesita del hombre y el perro se especializa en entender al hombre; en leer sus estados de ánimo, en leer sus emociones, en saber lo que el hombre quiere y lo que el hombre no quiere, en hacer las cosas que el hombre quiere, para que después el hombre haga las cosas que él quiere. Aprende rápidamente cómo tiene que pedir cuando quiere salir a pasear o cuando quiere comer. El perro vive en una realidad *mediada* por el amo, por el humano. Bueno, esta metáfora la usaba para identificar estas dos situaciones. El niño sería como el perro y el adulto, por oposición, sería como el lobo.

Entonces, dijimos que la vida empieza con la debilidad y que la meta de la vida es la fortaleza. Bueno, esta meta de la vida se posterga. Se posterga, pero no se satisface ni se resuelve. Ahora el niño no busca ser fuerte. ¿Qué es lo que busca el niño? Ser protegido. Ser reconocido. Ser amado. En lugar de buscar la fortaleza que le daría un sentimiento de autoestima, él lo que busca es *ser estimado* por el objeto. Obviamente, si él siente que el objeto lo ama, se siente un poco más seguro, pero esta seguridad que tiene, proviniendo del amor del objeto, no se compara con la seguridad que daría la fortaleza -el ser capaz de aguantar-. Queda clara esta cuestión, ¿no? Porque esa seguridad en el amor del objeto es bastante más voluble, puedo meter la pata y el objeto se enoja, o al objeto le puede pasar algo… Igual el sujeto sigue sintiendo que el control lo tiene el objeto, no lo tiene él.

Bueno, y acá también me parece a mí que se producen un par de situaciones de la teoría psicoanalítica en las que otra vez me parece ver estos malentendidos que defienden fantasías optativas. Uno de ellos tiene que ver con este tema de la autoestima. Freud explícitamente dice que la fuente de la autoestima es el amor del objeto. O el cumplimiento del ideal, que, en la medida que el objeto es el ideal, si vos cumplís con el ideal, se supone que el ideal está contento y va a cumplir con vos. Entonces es como si dijera: “si a mí me amaron, voy a tener autoestima, y si me falta autoestima, es porque no me amaron”. Este es el malentendido, la responsabilidad está en el objeto. Es como si uno dijera, el chico viene vacío, si los padres lo quisieron mucho -sobre esto voy a volver-, entonces ahora el chico se va a sentir con una gran autoestima; si lo quisieron poquito, poca autoestima. Entonces mi falta de autoestima no es un asunto mío, es un

asunto de que me quisieron poco, y esta es la fantasía optativa. A mi criterio, si se llama “auto-estima”, no me la puede dar el objeto, la estima. Para mí la fuente de la autoestima es la eficacia en el trato con la realidad; si yo puedo resolver las cosas o si las puedo aguantar, ahí me siento más fuerte, y la autoestima es esta constatación de que me siento fuerte. No tiene por qué ser objetiva, no tiene por qué ser verdadera, pero si yo lo siento, eso es autoestima. Después, si me doy cuenta de que estaba equivocado, pierdo esa autoestima que tenía. Y el otro malentendido es la misma cuestión, pero en otras representaciones. La idea con la que nos quedamos es que el niño tiene un estado de desvalimiento, porque no puede alimentarse y todo lo que ya expliqué. Entonces, el objeto auxiliador -la asistencia ajena-, que resuelve la necesidad del niño, resuelve el estado de desvalimiento. El niño se siente mal, está con displacer, tiene hambre, entonces viene el objeto, le da de comer, ya está, listo. El chico estaba desvalido, ahora que le dieron de comer ya no está más desvalido. Bueno, esto me parece que es otra vez el mismo tipo de malentendido: el objeto puede resolver el hambre, pero no el desvalimiento. Cuantas más cosas el objeto resuelva por el sujeto, más desvalido y más dependiente del objeto se va a sentir. ¿Ustedes conocen esa idea de que no hay que dar un pez sino enseñar a pescar? Es eso. El sujeto al que dan todo, se siente cada vez más débil y más dependiente. Entonces, el desvalimiento no lo puede resolver el objeto, el desvalimiento lo tiene que resolver el sujeto. Por eso, en el trabajo de la función parental decía que los padres no solamente tienen la función de proteger al niño, también tienen la función de prepararlo. No voy a entrar en esto porque también fue motivo de otra conferencia, pero digamos que, mientras que la protección aleja de la realidad, entonces debilita. En cambio, la preparación acerca a la realidad y por lo tanto fortalece. Entonces, si los padres llevan cabo su función razonablemente -como el caso de nosotros (risas)-, entre protección y preparación, de a poco vamos fortaleciéndonos, vamos creciendo y llegamos a ser adultos bastante bien. Pero acuérdense que dijimos que en el inconsciente nada se pierde, nada se borra, todo sigue vivo; dijimos que los deseos del adulto en el fondo son los deseos del niño; y dijimos también que, cuando el sujeto se encuentra con dificultades, el alma tiende a involucionar, a hacer regresiones. Entonces, evidentemente, este prolongadísimo período de dependencia infantil es algo a lo que fácilmente podemos regresar, por estas condiciones, ¿se entiende? La regresión a ese modo de funcionamiento del alma, centrado en la asistencia ajena, es lo que para mí define la neurosis. Este es el criterio con el que podemos decir “esto es neurosis, esto no”. Es volver a un modo de funcionamiento donde todo es al revés. ¿De qué hablo cuando hablo de neurosis? De esto. Yo me imagino a un sujeto, a todos mis pacientes, a mí mismo, como que nos sentimos débiles, mientras estamos despiertos y conscientes, tenemos algo que resolver. Y si tenemos algo que resolver, es porque todavía no lo resolvimos. Si la vida es un deseo, para tener un deseo hay que estar insatisfecho. Se habla de deseos insatisfechos, es que no hay deseos que estén satisfechos, los deseos satisfechos ya no son deseos. Entonces, si tenemos un deseo es porque tenemos algo que resolver. Entonces, todo el tiempo tenemos algo que resolver, por lo tanto, nos sentimos débiles y, por lo tanto, lo único que queremos o lo que queremos en el fondo de todo, si los deseos más antiguos siguen vivos adentro de nosotros, lo que nosotros queremos es poder, ser fuertes, ser capaces de aguantar, ser capaces de resolver. Pero, como nos sentimos débiles, o cuando esta debilidad no la podemos tolerar, cuando no somos capaces de aguantar

esta debilidad -que aguantar la debilidad ya nos daría un poco de fortaleza o de autoestima-, en lugar de tratar de hacernos fuertes a través de la preparación -es decir de ir hacia la realidad e intentar-, nosotros, al revés, nos alejamos de la realidad y dirigimos toda nuestra energía hacia un objeto que, en nuestra fantasía, nos puede dar lo que necesitamos sin que tengamos que hacerlo, como nos pasó cuando éramos chicos. Tenemos la fantasía de recibir la satisfacción que nos falta. Entonces, en lugar de tratar de ser eficaces en el trato con la realidad y fortalecernos y prepararnos y aprender lo que nos falte, al revés, tendemos a mostrarnos débiles -ahora voy a hablar también de eso-, y nosotros nos centramos… cambiamos nuestro deseo de ser fuertes por nuestro deseo de ser queridos, de ser amados, y ahí es donde aparece la necesidad de reconocimiento y la necesidad de protagonismo, necesitamos que el objeto nos esté mirando.

Entonces, a partir de acá, por repetición de este pasado infantil, el objeto que nos tiene que dar la satisfacción se nos antoja un objeto omnipotente, que lo puede todo. ¿Por qué lo puede todo? Porque nosotros necesitamos que nos dé lo que nos falta, y para él tiene que ser fácil y tiene que ser rápido. La idea de que el objeto no pueda darnos lo que necesitamos, nos vuelve al estado de decir: “si no me lo puede dar, estoy perdido, porque entonces lo voy a tener que hacer yo, y yo ya me di cuenta de que no podía”. Entones, para defender la idea de que el objeto puede, decimos: “el objeto puede, pero es malo, me dice que no puede, pero en realidad no quiere, porque es malo, porque es severo, porque es cruel”. Entonces, de la nada, nos ganamos un enemigo, nos ganamos estar perseguidos con alguien que se ha vuelto malo, y se ha vuelto nada más que porque nosotros necesitamos que pueda mucho. Es como lo que pasa con la religión. Dios es infinita bondad, pero Dios es malo, severo y cruel. Entonces, si Dios fuera omnipotente y bueno, ¿por qué suceden cosas malas? Porque nos pone a prueba. Porque, de alguna manera, quiere que nos lo merezcamos. Entonces otra vez tenemos la idea de este objeto que se transforma en un perseguidor.

Del otro lado de este perseguidor, está lo mismo, pero del lado del objeto: así como el objeto es malo, yo lo que siento es que no me siento querido. No me han querido lo suficiente. Y este es un rasgo típico de la neurosis. Racker hablaba de la necesidad de amor del neurótico, la insaciable necesidad o, mejor dicho, deseo, porque no es que lo necesite. Fíjense, si a nosotros nos dicen que nuestros hijos no se sienten queridos, ¿qué decimos? “¡Dale! ¿Qué querés? ¡Si necesitás un riñón, te lo doy!”. ¿Cómo puede ser que no se sientan queridos, si yo hago todo por ellos? Ahora, demos vuelta la pregunta: ¿nuestros padres nos quisieron? “Buahh… querer, querer…”. ¿Se entiende? Fíjense esto, si ustedes se lo preguntan internamente, cómo esto es algo que nos afecta a todos, cómo este período nos ha influido. Y, si lo queremos llevar más lejos, nos vamos a dar cuenta de que la neurosis es muchísimo más grave que un montón de enfermedades que nos parecen más graves, porque esto, de alguna manera, nos compromete y nos arruina mucho nuestra vida. Entonces, ¿por qué nos sentimos poco queridos? Porque establecemos la premisa de que, si el objeto es omnipotente y me quiere yo debería ser feliz para siempre, todo me tendría que salir fácil, no debería tener ninguna dificultad. Si tengo alguna dificultad, es porque me falta algo y, si me falta algo, es porque no me lo dieron y, si no me lo

dieron, es porque no me quieren, ¿se entiende? En lugar de decir: “no, a lo mejor me quiere, pero no me lo puede dar”, ah no, esto es muy inseguro, yo prefiero decir que no me quiere. Porque, además, si no me quiere, primero, que puedo conseguir el amor -ahora vamos a hablar de esas estrategias- y, al mismo tiempo, la responsabilidad es suya. Entonces, si el sujeto me da muchas cosas, me da muchas cosas, pero no me da lo que yo necesito. Y lo que necesito se lo queda siempre él, porque él es omnipotente y yo soy débil. Sin entender o, mejor dicho, desconociendo o malentendiendo que la potencia no se puede recibir, la maduración no se puede recibir, uno no puede recibir la maduración, la maduración la tiene que hacer uno. Y la fortaleza la tiene que desarrollar uno. Fíjense, si uno… nosotros tenemos la posibilidad de escuchar a los pacientes, pero también se puede escuchar el noticiero o a los amigos o, si uno quiere, se puede grabar a uno mismo y después escucharse, fíjense lo poco que hablamos… y bueno, y en el análisis se da una circunstancia particular de la transferencia que permite que esta cuestión del objeto de la asistencia ajena se ponga mucho más actual, ¿no? Pero es raro que hablemos de las cosas que tenemos que hacer para dejar de sentirnos mal, en general hablamos de las cosas que tienen que hacer *otros* para que nosotros nos dejemos de sentir mal. A lo sumo, las cosas que tenemos que hacer para conseguir que los otros hagan lo que nosotros necesitamos. Entonces, toda nuestra vida, en tanto neuróticos o, en la medida en que somos neuróticos, está dirigida a que alguien haga lo que nosotros necesitamos. Y esto es el núcleo de la queja y el núcleo del reproche. Las estrategias para lidiar con el objeto son dos: la justicia y la misericordia. La justicia es: “Yo hago lo que vos querés y vos después haces lo que yo quiero. Como vos sos más fuerte”. Que es la idea de la religión: “me porto bien unos cuantos años y después tengo la eternidad en el paraíso”. No es mal negocio, si uno creyera. La otra estrategia es la de la misericordia: “No me lo mereceré, pero lo necesito, sufro”. Y estas cosas hacen que, pudiendo disfrutar y vivir bien, al revés, tratamos de no disfrutar y de acentuar nuestros sufrimientos y nuestras frustraciones, pensando que, cuanto más débiles nos mostremos, más pronto el objeto nos va a dar lo que queremos. Entonces, en lugar de tratar de ser cada vez más fuertes, al revés, tratamos de ser cada vez más débiles. En la medida en que buscamos protección, nos alejamos de la realidad y nos hacemos débiles. Si buscáramos preparación, nos acercaríamos a la realidad y de a poco iríamos siendo más fuertes.

Siempre tendemos a transferir, en los vínculos, los objetos de nuestra historia personal. Sobre todo, los padres, que son los primeros. Y entonces, cuando nos vinculamos con alguien, transferimos a estos objetos. La idea es que transferimos a nuestros padres porque son las primeras representaciones y las más antiguas. Pero a mí me parece que también hay una idea muy interesante. No digo que sea cierto, pero el argumento es muy bueno; con nuestros padres tenemos el argumento de que tenemos derecho: “Si no me querían, ¿para qué me tuvieron? Ahora que me tuvieron, que se hagan cargo”. Entonces, si hay un vínculo en el cual uno tendría derecho de recibir sin dar, ese sería el vínculo con los progenitores. No digo que lo haya, pero es donde el argumento funciona mejor. Entonces, cuando yo proyecto a los progenitores sobre los objetos, es como si me sintiera con ese derecho. Y el sujeto neurótico -nosotros-, el sujeto que se queja siempre tiende a ver las cosas con una doble vara; lo que vale para él, no vale para el objeto. Por ejemplo: “¡Para mí es muy difícil! Yo no sé por qué

él no hace las cosas bien”. “Y bueno, a lo mejor para él también es difícil”. “No, él debería poder, el que puede no poder soy yo”. Y siempre está esta situación de doble vara. Y nosotros queremos empezar recibiendo y no dando. Bueno, sobre estas cosas hay muchísimo para decir, pero para no hacerlo tan largo, paro acá, así podemos conversar, gracias.